

Línea Dura

Una reconstrucción por Elkin Obregón

Al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Ricardo Rendón se sabe todo sobre sus caricaturas y nada sobre su alma



Todo suicidio crea un hábito de leyenda y contribuye al mito. En el caso de Rendón, su vida, su figura, su misterio y el contraste que todo ello hacía con su humor despiadado y elocuente, acrecientan esa forma un poco enfermiza de inmortalidad. Pero la obra de Rendón vale por sí misma. Ella sola, aunada a la feroz independencia vital que le dio aliento, se basta y sobra para trascender la anécdota y el tópico.

Ricardo Rendón Bravo nació en Rionegro en 1894. Hijo de una familia acomodada (su padre era calígrafo), desde niño mostró su afición al dibujo y la pintura. Ya en Medellín, a comienzos de la segunda década del siglo, cursó por algún tiempo estudios académicos en el taller del maestro Francisco A. Cano, y en la Escuela de Bellas Artes. No fue pues un artista empírico y silvestre, como algunos suponen, sino por el contrario alguien provisto de un buen conocimiento de su oficio. Oficio sin embargo (el pictórico) que casi nunca ejercitó. Aparte de unos cuantos pasteles y acuarelas, y algunos retratos a lápiz o al carboncillo, nada se conoce de él en ese campo, que quizá muy pronto decidió asumir como un simple y necesario aprendizaje.

Por esos años comenzó a colaborar en algunas publicaciones artísticas y literarias de la capital antioqueña, de las cuales la más memorable es la revista *Panida*, Rendón hizo parte del famoso grupo de *Los Panidas*, y colaboró en su

revista, no sólo como único ilustrador, sino también como autor de eventuales prosas y poemas, que firmaba con el seudónimo de Daniel Zegri.

Conformaban ese grupo, como es sabido, nombres tan destacados luego —entre otros— como Pepe Mexía (Félix Mejía Arango), Tartarín Moreira (Libardo Parra Toro), León de Greiff y Fernando González. De Greiff, al lado de otro ilustre antioqueño, Luis Tejada, haría parte después de más vasta resonancia nacional, *Los Nuevos*, del cual Rendón es en cierto modo la constancia gráfica.

Aún en Medellín, Rendón colabora con *El Espectador* y otros órganos periodísticos, y ejerce también como ilustrador y diseñador publicitario para diferentes empresas e industrias de la ciudad. Es dueño ya de un nombre y un prestigio sólidos cuando decide radicarse en Bogotá, en 1918. Continúa publicando en *El Espectador* y su creciente fama lo lleva a recibir y aceptar ofertas de *La República* (cuyo director, Alfonso Villegas Restrepo, fue siempre gran amigo y casi mecenas del artista) y de *El Tiempo*, sin contar muchos otros trabajos para diversos medios capitalinos y de provincia. Son sus años de más febril producción, robada milagrosamente a una intensa bohemia de la cual, por cierto, emana parte de su leyenda.

Por su lápiz desfilaron los gobiernos de Pedro Nel Ospina y Abadía Méndez, las pugnas de Vásquez Cobo y Guillermo Valencia, las actuaciones de ministros como Ignacio Rengifo y Arturo Hernández, las palabras y gestos de funcionarios, miembros de la iglesia, hombres públicos del régimen hegemónico conservador que culminó en 1930 y, en general, del abigarrado país político que le tocó en suerte.

Crítico implacable de un gobierno cada vez más desprestigiado, llegó a adquirir una popularidad e influencia no vivida antes ni después por ningún caricaturista colombiano.

Respetado, admirado y temido en los círculos políticos, amigo y contertulio de una generación que anhelaba el poder, puso su pica en Flandes con singular eficacia para contribuir a ese propósito. Muy poco después del comienzo de la República Liberal (blanco también de sus críticas), en la mañana del 28 de octubre de 1931, sentado frente a una mesa de trastienda de la cigarrería *La Gran Vía* (en el centro de Bogotá), se pegó un tiro en la sien. Tenía treinta y siete años de edad, y nadie ha podido dar cabal explicación de su muerte. La importancia de Rendón como comentarista político de su época es innegable. Si fue casi un ídolo popular en su tiempo, tan dado a la efervescencia partidaria y al panfleto, el paso de los años ha consolidado su lugar en la historia del arte y del periodismo colombianos. Fue un detector

constante y agudo de lacras y ambiciones, un desnudador implacable de la feroz zarzuela política de aquel momento de nuestra historia. Pero la lucidez de sus apuntes, el vigor de su síntesis gráfica y conceptual, hacen que hoy, a la distancia de seis décadas, podamos mirar y estudiar su obra como una contribución fundamental (por todo cuanto el humor riguroso aporta a la visión del mundo) a la comprensión de un largo período de acontecer político en Colombia.

En cuanto al aspecto puramente artístico, un estudio crítico del dibujo rendoniano –hasta hoy inexistente– mostraría su paralelismo con trabajos similares de las primeras décadas de este siglo, en ámbitos y circunstancias diversos. Es interesante observar al respecto algunos dibujos de la revista alemana *Simplicissimus* (decana europea del humor gráfico antes y después de la irrupción nazi), o los de caricaturistas españoles como Opisso o Castelao. Un paralelismo, no obstante, que no desmiente sino que enfatiza el aporte personalísimo de Rendón, el tono inconfundible de su obra. Nerviosa, ágil, no había sin duda en su autor un propósito deliberado de permanencia. Se dice que solía trazar el esbozo de sus caricaturas en la mesa de un bar. De ahí que resulten casi insólitas, miradas hoy, su perfecta armonía, la fuerza de la línea, la justeza de la composición. Para no mencionar los innumerables retratos caricaturescos que dejó de sus contemporáneos. Estampas como las de Carrasquilla, Suárez, “Ñito” Restrepo, Fidel Cano o Luis Tejada, entre muchas otras, son todavía una referencia iconográfica poco menos que imprescindible.

Siempre desde el punto de vista del dibujo, quizá sólo un caricaturista pudo en su época equipararse a Rendón: el también antioqueño Horacio Longas. Pero el trabajo de Longas en el campo de la caricatura política careció de la agudeza rendoniana, de esa vocación constante y febril de delatar día a día el juego de las miserias del poder.

Como hombre, Rendón fue oscuro y secreto. Hasta su imagen física es elusiva. No concuerdan las pocas fotografías que de él se conservan, ni tampoco los múltiples retratos que trazó de sí mismo. Silencioso, casi mudo, pasó por incontables noches de cafetín en medio del aprecio y el desconocimiento de sus contertulios. Nadie pudo entrar en su intimidad. Era una sombra en la mesa del bar, un convidado de piedra en el gárrulo círculo de los otros. En un artículo publicado en 1976, dice de él Alberto Lleras: “... Jamás pretendí aproximarme a su secreto, a su personalidad íntima, a su vida, como lo hubiera hecho y lo hice con todos mis compañeros. Le respeté su reserva infranqueable, y jamás le pregunté a él, o a alguien, a dónde iba este

ser que se desvanecía en la oscuridad hacia un sitio desconocido (...). Sé quiénes fueron sus amigos, pero ninguno debió saber de Rendón más de lo que yo supe...”.

Así es. Todo se ignora aún de sus amores, de sus penas, de los hechos que lo impulsaron a la muerte. Cuanto algunos quisieron imaginar o explicar al respecto (Edmundo Rico, César Uribe Piedrahíta, José Mar, Jaime Barrera Parra), demuestra con patética elocuencia cuán lejana y hermética fue su vida, y cuán inexplicable, a pesar de las muchas conjeturas y teorías, fue y seguirá siendo su muerte. Quizá esté bien que así sea. A cien años de su nacimiento, también las vidas que lo cercaron se han borrado. Y hace mucho que Rendón es apenas un mojón de nuestra cultura. Una forma de ver, de juzgar, de expresar. En su obra hay una crítica acerba, pero también un lazo entrañable con su medio y su época. Quien no capte en él el amor, difícilmente podrá apreciar el horror. Porque esa dramática síntesis es en últimas el cultivo del humorista.

ELKIN OBREGÓN. Columnista, escritor, traductor, caricaturista.

Junio de 1994

¿Cuándo se van a chocar los trenes al fin?